

LA RAZÓN HISTÓRICA COMO RESPUESTA AL IDEALISMO DE LA MODERNIDAD

LASAGA MEDINA, José: *José Ortega y Gasset (1883-1995). Vida y filosofía*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2003. 196 p.

JAVIER SAN MARTÍN

ORCID: 0000-0003-4786-6605

Hacía unos años que José Lasaga nos había obsequiado con un librito que, con sus menos de cien páginas, nos daba una magnífica introducción a la obra y vida del filósofo madrileño Ortega y Gasset. En el Instituto Ortega lo asumieron como el “orteguilla” que sus alumnos debían leer para hacerse con los rudimentos del pensamiento del filósofo del que toma su nombre. Ese “orteguilla”, al cabo de unos pocos años, se ha convertido en este espléndido libro, en el que de una manera ágil, con voluntad de estilo y claridad de ideas, se hace uno con lo sustancial de la vida y del pensamiento de Ortega y Gasset.

La bibliografía sobre Ortega es inmensa, además de unos años a esta parte, está creciendo de una manera

asombrosa. Por los años sesenta o setenta se diría que el filósofo madrileño ya no nos servía a las jóvenes generaciones españolas, y que sobre él ya casi todo estaba dicho y escrito. Sin embargo, algunas nuevas publicaciones, entre ellas quizás la más importante, la publicación que Soledad Ortega hizo de las cartas del joven Ortega, fueron decisivas para profundizar en él y darnos una visión que hasta entonces no podía ser conocida. Luego las ediciones críticas que han empezado a aparecer nos descubren matices antes ignorados. La intertextualidad de libros como *Meditaciones del Quijote* nos abre nuevas perspectivas. En resumen, se puede decir que desde mitades de los ochenta Ortega se ha convertido de nuevo en un punto de encuentro para el ejercicio filosófico de muchos estudiantes y profesionales de la filosofía.

José Lasaga hizo su tesis doctoral sobre Ortega a principios de los noventa. Vivió ya en esa nueva actitud respecto a Ortega. Además se tomó en serio eso

Cómo citar este artículo:

San Martín, J. (2004). La razón histórica como respuesta al idealismo de la modernidad. Reseña de "José Ortega y Gasset (1883-1995). Vida y Filosofía" de José Lasaga Medina. *Revista de Estudios Orteguianos*, (8/9), 287-295.

<https://doi.org/10.63487/reo.692>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 8/9. 2004
mayo y noviembre

de que la filosofía de Ortega está directamente orientada a la práctica, a la ética, por más que Ortega no hubiera escrito ese tratado de ética que anunció en su curso de 1929 *Qué es filosofía*. Pero la insistencia de Ortega en la vocación de las personas, en la necesidad de ser uno mismo, de cumplir su misión y destino para ello, le hizo ver un Ortega que se adentra en los meandros de la cultura y sus malformaciones. Los males de la cultura provienen de alguna radical enfermedad de la Modernidad. Por eso es tan importante para J. Lasaga estudiar los símbolos de la Modernidad, de ahí su magnífico libro sobre Don Juan, un curioso modelo de la Modernidad.

José Lasaga lleva escritos una buena serie de textos sobre Ortega, relacionados con los temas que acabo de mencionar, pero esas contribuciones parciales no eran porque no tuviera una visión más amplia, o del conjunto de la obra de Ortega. El libro que comento es el ensayo de exponer esa visión de conjunto sobre Ortega. El libro, ampliación aparente del "orteguilla", parece escrito con la misma facilidad con la que se lee. Da la sensación de que va de sí, que en él se sigue una trama, diríamos, de normal desarrollo. Sin embargo en el libro hay mucha filosofía interpretativa, mucha comprensión de Ortega, y mucha asimilación de lo que se viene diciendo sobre Ortega desde los años ochenta por los que se dedican a esa tarea, entre ellos el propio Lasaga.

Digo esto porque el libro asume una perspectiva sobre Ortega que puede resultar obvia, pero que no lo ha sido hasta hace poco. Se suele decir que Ortega

es un filósofo circunstancial, que piensa en y para las circunstancias. No lo voy a negar, pero tampoco es tan sencillo saber con precisión qué significa eso. Pues bien, podríamos decir que lo primero que nos ofrece el libro de Lasaga es tomarse eso en serio. Porque la circunstancia del joven Ortega, que estudia en Alemania, vuelve a España, se vuelve a ir ya casado, vuelve con un hijo, y a ejercer su cátedra, ¿cómo va a ser la misma que la del Ortega de los años veinte, consagrado, con un intenso contacto con la Argentina; o la del Ortega de la Agrupación al Servicio de la República; o la del Ortega del exilio, primero del exilio argentino, y luego del exilio portugués; y por fin, del Ortega preterido y silenciado en su país pero buscado y triunfante en Europa y los EE.UU. de América? La diversidad de las circunstancias de Ortega impone un ritmo de vida muy diferente según los momentos. La filosofía de Ortega, si es un pensamiento circunstancial, ha de responder a estas diversas circunstancias.

El libro de José Lasaga tiene siempre presente estas diversas circunstancias de Ortega. El título mismo del libro se lo impone. En realidad el libro es una introducción al pensamiento de Ortega, pero éste no puede hacerse, en el caso de Ortega mucho menos, al margen de su vida, lo mismo que su vida no podría ser narrada al margen de su pensamiento. Vida y filosofía en Ortega están tan mezcladas, que prescindir de cualquiera de esas dos variables llevaría a imposibilitar dar cuenta de cualquiera de ellas. De ahí los capítulos mismos del libro, nada azarosos sino resultado de tomarse en serio el dicho orteguiano de que yo soy yo y

mis circunstancias; por supuesto, también, que si no las salvo no me salvo yo. Por eso hay que tomarse en serio dónde está Ortega en cada momento, y quien es él en ese momento, sólo así conoceremos al filósofo Ortega.

Con este aparentemente sencillo sistema, Pepe (para los amigos) Lasaga nos da una periodización del pensamiento de Ortega que, aparentemente clara, no ha sido asumida tan fácilmente. Ahora ya nos puede resultar sencilla

y muy didáctica. En ella, sin embargo, hay momentos de diversa intensidad y de diversa contribución al pensamiento. Así el libro consta de siete capítulos, que siguen de modo bastante ajustado las diversas circunstancias de la vida de Ortega. Yo introduciría entre ellos una estructura superior, agrupándolos en una tabla de tres partes con una introducción (cap. I), y otra (cap. IV) como de corte entre las dos primeras (cap. II y III) y la tercera (caps. VI y VII).

Introd.	I Parte 1913-1928	Logro de su nivel filosófico 1929/1930	II Parte 1931/1936	III Parte 1936/1955
Cap. I mocedad	Periodo de primera madurez Caps. II y III	2º. Viaje a Argentina <i>Qué es filosofía</i> <i>La rebelión de las masas</i> Cap. IV	1.- Actuación política 2.- 2ª. navegación Cap. V	1.- Exilio y Argentina 2.- Escritos de Lisboa y conferencias en Europa Caps. VI y VII

El primer capítulo, el dedicado a la juventud, es un capítulo breve que describe muy bien el ambiente en que Ortega vio la luz y que, asumiendo los descubrimientos de Noé Massó, muestra bien a las claras lo que representa la nueva interpretación de Ortega. Hasta hace unos años, el famoso libro de Fernando Salmerón, *Las mocedades de Ortega*, era el referente absoluto para hablar de esa época de Ortega. Desde la publicación ya aludida de Soledad Ortega tenemos muchos datos que convierten ese libro en muy superado. La investigación más importante es la de Noé Massó, Pepe Lasaga la asume y nos da del Ortega juvenil una visión rápida, pero muy atina-

da. Al volver de Alemania con el hijo que allí ha nacido al matrimonio Ortega-Spottorno, Ortega ya madura su método, con su vocación ¿política?, ¿filosófica? No cree Lasaga que la vocación de Ortega fuera la política como pensaba Gaos, aunque también es difícil decirlo a la luz de la presencia que la política tuvo siempre en Ortega.

De la mocedad pasamos a lo que yo considero la primera parte y que sería la primera madurez de Ortega, de la que proceden textos clave y de bella factura. Esa madurez coincide en Ortega con la formulación de los primeros pilares de su filosofía, la filosofía como salvación, y que P. Lasaga lleva hasta

1922, es decir desde los 30 años hasta los 39. Ahora hablaríamos de “jóvenes filósofos”. En esa época Ortega era y aparentaba ser un respetable profesor. La foto de Ortega en el Escorial, en 1915 (p. 40) aparece como un Resines de cuarenta años, pero en las fotos que su hijo José Ortega publicó en *Los Ortega*, aparece ya verdaderamente maduro. Es que en esa época la madurez de una persona iba de los treinta a los cincuenta y algo, justo cuando Ortega, con 53, se tuvo que exiliar.

Si tomamos este periodo de tiempo, esos veintitrés años, P. Lasaga los abarca en cuatro capítulos, el de las *Meditaciones* y primer viaje a Argentina (cap. II); el de la época de *El tema de nuestro tiempo*, (cap. III); el del segundo viaje a Argentina y “dos libros” (cap. IV), y el capítulo sobre la actuación política de Ortega en la República y el nacimiento de la razón histórica (cap. V). El grueso de la obra de Ortega se produce en estos veinte y pocos años. De los doce tomos de las actuales Obras Completas, podríamos decir que entre nueve y diez tomos proceden de estos años.

Los dos capítulos últimos, uno dedicado al exilio hasta que vuelve de Argentina, y otro a sus escritos en Lisboa y a sus conferencias por Europa, nos dan una visión del último Ortega muy positiva y apostando por la creatividad de ese Ortega (p. 141), aparentemente frente a las tesis que defienden otros, entre los que me incluyo, de que esa época de Ortega sería de muy menor producción. Yo personalmente no encontraría oposición entre el empeño de Pepe Lasaga de defender la fertilidad de ese Ortega último y al menos mi ob-

servación cuantitativa sobre la productividad. Pues es cierto que el grueso de la obra de Ortega procede de los veinte años anteriores a la guerra, lo que no quiere decir que los textos de los años 40 no tengan importancia, algunos incluso pueden servir para llevar la obra de Ortega en una dirección que no estaba predicha en sus textos anteriores, dándose, por tanto, un verdadero desarrollo en esos años. Otras tesis habrían de ser evaluadas en trabajos minuciosos que aún están por hacer. Pepe Lasaga nos da una muy interesante visión de esos años del Ortega desde la guerra hasta su muerte, por tanto de esos diecinueve años, en los que Ortega tuvo que vivir tantas y tan variadas penosas circunstancias.

Pero ahora, aunque sea brevemente, inspeccionemos un poco más detenidamente los contenidos concretos de la obra de Pepe Lasaga, pues pronto se ve que la presentación del pensamiento de Ortega que hace está lejos de ser la convencional y tópica tan al uso. Al contrario, los diversos párrafos de cada capítulo, aunque no sean muy largos, exponen los conceptos fundamentales de la filosofía de Ortega sin evitar ninguno de los escollos que se pueden presentar.

Como ejemplo de la profundidad que la exposición alcanza pueden leerse las páginas 44 y 45 sobre lo que representa un logro básico de la meditación preliminar del primer libro de Ortega, “la de mayor ambición teórica” (p. 44). En breves párrafos se explica perfectamente la doctrina de integración que Ortega propone, la noción de concepto, de sentido, límite, realidad virtual, y más logros de esa meditación. No menos

interesante es la teoría del héroe expuesta en la Meditación primera, y que es fundamental de la ética orteguiana, y un tema sobre el que ya Pepe Lasaga había disertado y escrito hace unos años. Por todo ello en este texto estarían ya “las ideas centrales de la ética orteguiana”. En resumen, Lasaga considera que en este su primer libro “Ortega alcanza su primera madurez como pensador”.

Es brillante el comentario sobre *El Espectador*, curiosa revista en que Ortega ejerce de contemplador, además de único editor y autor. En realidad comentando *El Espectador* Lasaga nos da la esencia de la filosofía, amiga de “mirar”, de asistir “a la vida de los demás”, porque la filosofía es “no vivir”. Podría ir P. Lasaga, sin embargo, más allá de Ortega, cuando esa desidentificación con la vida —que es la filosofía— viene identificada con la cultura, porque ésta es para Ortega el rodeo que hay que dar a la vida para salvar la vida. Es un juego de palabras en que se pueden adivinar ciertas oscuridades que anidan en la filosofía de la cultura de Ortega y que Lasaga las hace ver, cierto que sin querer, a través de las fórmulas mismas de Ortega. Y termina el capítulo de esta primera madurez de Ortega con la publicación de *El tema de nuestro tiempo*, la primera aparición de la doctrina de la razón vital, que ya la anunciara, como muy bien recuerda P. Lasaga, en el curso de 1915 *Investigaciones psicológicas* (p. 56). “De pasada” menciona Lasaga algo muy importante, la interpretación de la situación político-cultural de España: la guerra estalla a la hora de cambio de dioses, pero ¿qué era España? Y menciona esa conferencia tan importante

“Guía espiritual de España”, título cuya importancia no comenta P. Lasaga, pues ¿habría que tomar ese título como una figura puramente hiperbólica? La verdad es que en esa meditación, que terminará como la Meditación de Escorial, se nos dan claves decisivas sobre nuestra Modernidad, sobre el parecido del Escorial y el personaje Don Quijote, puro esfuerzo de un pueblo que, como dijo Nietzsche, quiso ser demasiado. Por eso Cervantes escribe “la crítica del esfuerzo puro”. P. Lasaga compara a Kant con Don Quijote, luego viene Marx, ahí está todo el idealismo. En definitiva, he ahí la razón por qué rompe Ortega con el idealismo, el de Don Quijote y el de Marx, porque con ese idealismo o se va a la melancolía o al nihilismo. Y de ahí una nueva propuesta, “no el imperativo del deber sino el de la luz y la ilusión”. Termina el capítulo con una alusión al fracaso de España, que terminará en la rebelión sentimental de las masas. En poco tiempo se dará cuenta Ortega de que ese mal no es de España sino del Occidente.

La segunda parte de estos años, antes de la llegada a la formulación precisa de su filosofía en 1929, se trata en el capítulo III, el capítulo más corto. No estaría de más una incursión de carácter psicoanalítico en este dato, porque Pepe Lasaga conoce como nadie esa época. Pero sus tres apartados, uno sobre la *Revista de Occidente* como institución de difusión de alta cultura, otro sobre *El tema de nuestro tiempo*, más de talante reivindicativo, y otro sobre la antropología de Ortega que sería en esa época su teoría de la razón vital, parecen decirnos que los escritos de esos años serían de

tono menor. Sin embargo, en ellos se dio el nacimiento de lo que será un pilar fundamental de la razón histórica, el sentido histórico, como una peculiaridad de los seres humanos de entender las realidades humanas como lo que son, realidades históricas. Hay un pasaje que merece ser citado, sobre la nueva sensibilidad de nuestro tiempo. No se sabe si para Ortega esa sensibilidad es ya o va a ser, pero, en todo caso, Ortega apostará “por una nueva sensibilidad que ya ve configurada en lo artístico y que cree –equivocadamente– que va a pasar a la moral, a lo político, en fin, que se va a socializar, dejando atrás los igualitarismos del XIX” (p. 68). De la desilusión que acarreó esa esperanza saldría *La rebelión de las masas*. Cito este pasaje como ejemplo, junto con otros muchos que se podrían citar, de que el libro de Pepe Lasaga tiene también interpretación amplia, porque la reconstrucción de ese periodo merecería todo un tratado. Pepe Lasaga se hace eco de los malentendidos que suscitó el libro, que estaría orientado “hacia un irracionalismo de corte vitalista”, lo que no parece compartir. Los cambios, sin embargo, que la edición crítica que Domingo Hernández nos ha hecho de ese texto muestran hasta qué punto cambia Ortega su noción de vida, de vida biológica a vida biográfica.

Con la consideración sobre la antropología que ensaya Ortega, J. Lasaga hace balance de esta primera madurez de Ortega, a las puertas de la “segunda navegación”: Ortega intenta superar el idealismo, sin caer en el realismo, superar la Modernidad sin convertirse en antiilustrado, sino sintiéndose “heredero

del gran legado de la filosofía europea”.

Con esto pasa Lasaga a la exposición de los tres años en que Ortega alcanza “la nueva altura conceptual” (p. 81); cada año se identifica con un tema, el viaje a Argentina en 1928; el curso *Qué es filosofía* al año siguiente, y luego el libro *La rebelión de las masas*, que sale como libro en 1930. Sobre el primero destaca más los artículos a que dio lugar, alguno de gran importancia en la filosofía de Ortega y para el propio J. Lasaga. Luego viene la consideración de *La rebelión*, antes de *Qué es filosofía*, porque muchos de sus temas estaban ya antes del curso sobre la filosofía, pues la crítica de la Modernidad, que sería el tema de *La rebelión*, empezaría en textos anteriores, ya en *España invertebrada*, en *La deshumanización del arte*, pero sobre todo en el artículo “Fraseología y sinceridad”, de 1926, en el que se adelanta el diagnóstico fundamental de la época, “la invasión vertical de los bárbaros”. Conecta muy bien Lasaga la crítica al idealismo con el tema de *La rebelión*, en dos pasos: primero, el idealismo cree que “el poder que la razón exhibe sobre la naturaleza puede trasladarse sin más al ámbito de las cosas humanas y sociales”; y, segundo, creen que la historia está dominada por un *a priori* que la asegura, con lo que desconocen la realidad histórica. Uno de los mayores esfuerzos de Ortega será señalar que en la sociedad nada está asegurado, que todo es posible, y por ello es posible el retroceso. De ahí la necesidad de reformar la Universidad, y de llevar a cabo una filosofía que nos haga ver las raíces de la crisis. Las páginas siguientes, hasta ocho, están dedicadas a explicar *Qué*

es *filosofía*, como la presentación de la estructura metafísica de la vida humana. Desde la perspectiva de que, siendo la realidad radical, es *quehacer* (p. 89), por tanto un acontecimiento, un drama que se está desarrollando. Justamente esta movilidad de la vida impone el estilo poco afecto al género “libro” con que Ortega se expresaba (ver p. 96).

Si los tres años que acabamos de comentar fueron muy fructíferos, la obra fundamental de Ortega se centrará en los cinco años siguientes, los años de la República, que coinciden con dos orientaciones decisivas de Ortega, la llamada de la política, junto con el fracaso de su actuación en ella, y los cursos universitarios, que nos han dado una serie de textos de gran alcance. Este capítulo, que abarca esos cinco años, ocupa treinta y una páginas, y es el más largo de todos. Empieza J. Lasaga con la política que “alcanza a Ortega”. Ortega empezó siendo muy activo en la caída de la República, con el famoso artículo “El error Berenguer”, donde acuñó ese grito de “*delenda est Monarchia*” que en adelante terminaría sus artículos. Se hace un muy buen recorrido por la política, explicando el sentido de la “nacionalización de España”. No ve Lasaga ruptura con las propuestas anteriores de Ortega, incluso el diagnóstico de España lo termina remitiendo a aquel artículo que hemos citado de “*Meditación del Escorial*” (p. 103, n. 1). Es muy cuidadoso en situar el pensamiento de Ortega, rechazando cualquier vinculación protofascista, que sólo se puede mantener ignorando las manifestaciones de Ortega sobre la irreversibilidad de la democracia (105

ss.). Pero reconoce que el deseo de estar más allá de las izquierdas y las derechas fue una expresión ligera: “Estuvo Ortega aquí ligero” (*ib.*), y además un lenguaje ajeno a lo que se vivía emotivamente en la calle. El fracaso de su actuación política se mide por la soledad en que quedó, pero en cierto modo era normal porque Ortega estaba buscando “pensar en grande”, y él se situaba en una tierra de nadie entre la política y la filosofía, una meta-política (p. 109); sus “ideas no estaban en sintonía con la época, y menos en España” (p. 107), pero él asumía la trascendencia del momento, la República y su destino era el destino de los españoles. En realidad, para J. Lasaga, “en lo esencial Ortega no estaba equivocado”, sólo que para entenderlo nos ha hecho falta “la distancia de que disfrutamos” (p. 110).

La retirada de la política llevará a Ortega de nuevo a la filosofía, pero J. Lasaga nos advertirá que ese fracaso no dejará de notarse en su filosofía. Si su fracaso está en relación con las ideas políticas y culturales procedentes de la Modernidad, Ortega volverá con decisión a aquello que supera radicalmente esa idea, a la razón histórica. Esos años son los años de desarrollo de esa importante noción orteguiana, que va más allá de la razón histórica de los años 20, en que sólo era un instrumento para entender la razón vital, ahora es la única racionalidad capaz de comprender las crisis históricas, temas a que dedicará Ortega textos clave de esa época. La razón histórica es, así, “la respuesta a la crisis europea”, a su configuración española y “a la orientación ‘revolucionaria’ que asume la República” (p. 114 ss.).

No voy a seguir los comentarios que expone Lasaga sobre la importante filosofía desarrollada por Ortega esos años tan fecundos –véase los cursos de Ortega en las pp. 122 ss.– y de los que proceden la mayoría de las ideas sistemáticas de Ortega, que desarrollan puntos ya esbozados en *Qué es filosofía*. Sólo quiero aludir a un tema que aclara sobre la razón histórica. Según Lasaga ésta sería la misma que la razón vital, “dos nombres para un mismo y único modelo de racionalidad humana”, y se prueba esa afirmación esforzándose “en deducir” (p. 115) la historicidad de la razón de la temporalidad de la vida humana. Es esta temporalidad la que le lleva a entender la frase de Ortega de que el ser humano no tiene naturaleza sino historia, porque su naturaleza es su pasado, y el pasado es un límite infranqueable. Pero a pesar de los esfuerzos de J. Lasaga, no queda suficientemente clara la frase de Ortega, porque ese pasado sería, le diría yo, el *ser* pasado del ser humano, que nos impone unos límites o unos rieles de circulación, que el mismo Ortega se esfuerza en definir cuando nos expone las estructuras “narrativas” de la vida humana, tema al que dedicará el último apartado de este largo capítulo.

Tres años en París, tres en Argentina, tres en Lisboa, la regla del tres, para interpretar estos difíciles años de Ortega, en el capítulo VI, que trata de los dos primeros trienios, los del silencio y exilio. Se evocan los años de París, donde operan a Ortega “a corazón abierto”, se le va la pluma a Pepe, que quiso escribir “a vida o muerte”, como se le fue también al final, en la p. 181, donde quiso

escribir “Emilio” –correctamente escrito en la p. 163– y escribió “Jorge”, con quien estaba en continuo contacto para la edición del libro de A. Rodríguez Huéscar *La innovación metafísica de Ortega*. Pero las dificultades por las que pasó Ortega no convirtió el periodo en “improductivo”, pues “fragmentos decisivos” como el “Prólogo para franceses” o el “Epílogo para ingleses”, que se incorporaron a *La rebelión de las masas*, proceden de esa época. También de Argentina proceden los textos que conocemos sobre la razón histórica, que luego ampliaría en su estancia en Lisboa. También publicó en esa época lo que estaba pensado como primer capítulo de *La razón histórica*, “Ideas y creencias”, texto que en gran medida determinará muchos de los desarrollos del último Ortega sobre la crisis de la cultura (ver p. 144). De nuevo insistirá J. Lasaga en que la razón de la crisis es “la razón idealista”, frente a la cual la alternativa será “la tantas veces mentada razón histórica” (p. 145). Es muy bueno el resumen sobre la doctrina orteguiana de “Ideas y creencias”, pero no estoy tan seguro de la interpretación que hace de la relación de la cultura con las ideas: la cultura sería el conjunto de ideas, como soluciones propuestas para resolver los problemas que se nos plantean cuando fallan las creencias (véase pp. 148 ss.). Dicho así encontraríamos serios problemas para entender algunas creencias, además eso es suponer que Ortega mantiene una firme y sistemática idea de cultura en los años de la razón histórica, lo que no está nada claro. De todos modos es una apuesta muy interesante para pensar ese par de conceptos.

Y ya llegamos al final, al último capítulo, que recoge los últimos textos de Ortega, partiendo desde el convencimiento de la importancia decisiva de esos textos posteriores a 1942, que constituyen una producción que, “considerada de inferior rango” (p. 156), no debe ser ignorada por las novedades que encierra incluso respecto a los planteamientos de los años 30. Cita las tesis sobre el hombre, siempre en el riesgo de dejar de serlo, en concreto de “deshumanizarse” (p. 156). Aunque cabría preguntarse si un hombre “deshumanizado” no es *malgre lui* un hombre, porque en ningún caso es un animal. Habría que profundizar en esa tesis de Ortega, porque la brutalidad no es el retorno a la etapa prehumana, sino sólo la aceptación de un modo demasiado humano de ser humano. Pero quizás las expresiones de Ortega están pegadas a las duras experiencias que nos llevan a pensar la inhumanidad como la pérdida del carácter humano. Pero el recorrido de J. Lasaga es una invitación a leer los escritos de esa época de Ortega (p. 158), que va recorriendo de modo minucioso: Lisboa, con la *Idea de principio en Leibniz y Origen y epílogo de la filosofía*; segundo, el periodo que titula Madrid-Munich, porque dio una conferencia en la ciudad bávara. Y por fin Madrid-Venecia. En esas páginas se refleja perfectamente la extraordinaria presencia internacional de Ortega, pareja de la neutralización que estaba padeciendo en España. Una de las conferencias le merecerá todo una sección, la de 1949 en Berlín, sobre Europa; la sección se titula con gran acierto: “Europa encuentra a su filósofo”, (p. 166) y en ella

se recorre, en apretada síntesis, lo que Europa representa en la reflexión de Ortega, desde aquel momento en que Europa era la solución hasta que se convierte en problema (p. 166 ss.). En la conferencia cuenta a los alemanes más o menos lo que ya había dicho en *La rebelión de las masas*, donde ya estaba pensada Europa como la superación de los estados-nación, subraya “una vez más” J. Lasaga, y como la única forma de superar los nacionalismos, porque esa Europa, como ámbito cultural, era anterior a las naciones.

No puedo seguir más. Creo que he dado una amplia perspectiva del libro de José Lasaga, que se lee de una tirada, haciéndose con la vida y obra de Ortega, que era el objetivo del libro, y siempre desde las circunstancias personales y políticas que le tocaron vivir. La lectura se hace amena, pues viene facilitada por la precisión con que está escrito. Nos encontramos con un buen equilibrio entre la exposición y la interpretación cuando hay que hacerla. Poco hay en él superfluo, que si no escribo nada, es por evitar cierres en un libro que trata de Ortega. Pues como nos dice al final, en una especie de balance, la filosofía de Ortega es abierta y dialéctica, por acomodarse a lo real. Por eso debemos evitar los absolutos, que casan mal con la realidad de la vida, y mucho menos con la filosofía de Ortega, que pretende ser expresión de aquella. La Fundación Ortega cumplió correctamente su cometido al incitar a Pepe a convertir su “orteguilla” en este *Ortega*, que supone una extraordinaria introducción a la vida y obra de Ortega.